

# MOMENTOS

## DE LA PAZ PROVINCIANA

### (CONCLUSIÓN)

Si es nuestra novia. ... sentimos un dolor muy grande y un miedo, no menor, a futuros celos. ¿Encontrará otro que supere nuestras cualidades y nos hurte sus amores? ¿Nos olvidará con la ausencia?

El *adiós* es eso. Un momentáneo rompimiento, una tristeza enorme. El coche corre, veloz, a la estación. El tren parte rápido también. Nosotros nos asomamos a una ventanilla del vagón, y según nos alejamos más de la ciudad, la contemplamos cada vez más chica, más diminuta. Los hombres semejan microbios, de minúsculos que parecen. Con una bocanada de aire en el pulmón penetra en el alma una reciedumbre nueva, regeneradora. El oxígeno quema, devastador, los restos sentimentales. Respirando en el viento perfumado a tomillo, a romero, a pino, a jara, recobra el espíritu la serenidad. El mundo es bien pequeño, pensamos. Es un grano de trigo. Y, por tanto, no estamos lejos de nada ni de nadie, ha sido infantil la melancolía de la despedida.

Nos reimos del *adiós* a carcajadas.

### El cuarto de la fonda.

Cuadrado, estucado, pequeño. Una cama. Una cómoda. Una mesita—la mesa en que escribo—. Un lavabo. Una mesa de noche. Un espejo. Una, dos sillas. En las paredes ni un cuadro. Sólo un cartón con el reglamento de la fonda rogando al viajero que lo cumpla en todos sus artículos. El respeto a las ideas religiosas del viajero—ese anónimo, ese desconocido, esa persona que nadie sabe quién pueda ser—hace al fondista desistir de colocar cuadros de santos. El católico-formalista, devoto del relumbrón exterior, de la forma, *artista* (el catolicismo ha dado a la historia de la pintura un *Zusbaran*, un *Greco*, un *Murillo*.... ¿qué nombres así ha dado el protestantismo, el judaísmo?) siente mucho en el fondo de su espíritu la ausencia de un cromo, de una imagen de la Santísima Virgen María, del hidalgo San José, de San Antonio o de San Expedito. El hubiera querido—aunque ascendiese en precio la pensión hotelera—hallar a la cabecera de su cama un Crucifijo. Pero no. El fondista—que acaso confiese y comulgue diaria-

mente como una viejecita fanática—prefiere no disgustar a los incrédulos a agradar a los creyentes, y en los muros de los cuartos de su fonda prescinde de láminas piadosas. He aquí la moral de la contemporización, del *ten con ten*, del pasteleo, que la política española ha metido en la masa de la sangre de la nación entera. Es decir, el miedo, la hipocresía, la maicaza, la farsa, en palabras claras.

Yo he entrado en mi cuarto de la fonda. Una modesta fonda de una vieja ciudad de Castilla. Figuraos si será modesta, que aquí se considera una grande y moderna excelencia, hasta el punto de ponerlo auto-elogiosamente para la fonda en las tarjetas anunciadoras que nos repartió a los viajeros en la estación uno de los mozos del coche fondil, el tener «luz eléctrica», «timbre» y «aguas minerales».

Tal vez crean igualmente en sumo grado ventajoso y europeo el tener inodoro. Sin embargo no hay baño—al preguntarlo el cronista dejó asombrada a la camarera que quizá opine que es algo estupendo eso de bañarse todas las mañanas—tampoco hay jabón en el lavado. Yo no he pellizcado a la camarera—rompiendo con esta costumbre picaza tan española—pero la he pedido jabón para lavarme y ella se ha extrañado. ¿Se habrá extrañado de que la haya pedido el jabón y de qué no la haya regalado el pellizco? El cronista duda en su meditación buscando el origen, la etiología de la extrañeza de la camarera entre una de estas dos hipótesis. Realmente se encuentra ante un grave problema. Lo único que se permite decir es que la camarera es una moza alta, garrida, bien formada, de redondos y abultados senos y anchas y apetitosas caderas, de rostro, si no bello, de líneas correctas y agradables, pero.... (preparan al desencanto, lectores entusiastas del sexo femenino) con unas manos enormes, bastas, llenas de grietas, ásperas y unas uñas sucias y unos dientes llenos de sarro.... Seguid escuchando. Hasta aquí lo que veo. Ahora lo que supongo, lo que desconozco. Si así tiene las manos que se ven y que se lavará diariamente (por lo menos al lavar los cacharos), ¿cómo tendrá los pies que no se ven y que no se lavará con tanta frecuencia? Una noche de amor con esta camarera debe ser parecida a un tormento del infierno, debe producir análogo efecto al bálsamo de Fierabrás de nuestro recio Don Quijo-